

11. No basta que tome el pulso el que gobierna á todo el cuerpo del Estado junto, sino á cada miembro de por sí; porque suele haber en ellos diversas enfermedades, que piden remedios diferentes.
12. Cuando la temeridad atropella la prudencia y al consejo, suele faltar siempre el orden y la firmeza de los fundamentos.
13. Casi siempre en el principio de la ejecucion de cosas nuevas y grandes se representan razones en contrario, que turban el entendimiento y le hacen estar dudoso.
14. Los males envejecidos no se pueden curar sin remedios fuertes.
15. La república muy estragada no sufre remiendos, y por esto se ha de renovar del todo.
16. Los privilegios y las libertades se levantan muchas veces contra la justicia, y destruyen el buen gobierno.
17. No se ocupe el regidor en decir mal de las leyes que no puede mudar, sino en gobernar por ellas lo mejor que sea posible.
18. Así como hacen los reyes del Consejo de Estado á los que han gobernado provincias, habrian de hacer gobernadores de provincias á los del Consejo de Estado.
19. Para mantener sano y para curar el cuerpo enfermo de una república, más vale una onza de práctica que cien libras de teórica.
20. Las provincias divididas en bandos y parcialidades fácilmente se alborotan, y una vez alborotadas, son malas de apaciguar.
21. Los grandes hechos no se han de emprender sin grandes fundamentos, y han de ser guiados con mucha prudencia y buen consejo.
22. Al reino acostumbrado largo tiempo á tener paz, suele faltarle nervios para sustentar la guerra.
23. No es oficio de príncipe sabio traer la guerra á su casa por quitarla de la ajena.
24. Grande error es empeñarse tanto á guerra voluntaria, que entre la gloria y la infamia no quede medio alguno.
25. De prudente capitán es el estar prevenido y hacer que el enemigo se divierta y se descuide.
26. En los grandes movimientos siempre suelen atravesarse grandes dificultades.
27. No se pueden prevenir ni antever los acontecimientos con certeza, aunque más sobre la práctica y la prudencia; porque son llenas de tinieblas las cosas de los mortales.
28. Del asir de la ocasion y del saber aplicar los medios convenientes, nacen los buenos sucesos.
29. Las enfermedades de los del Consejo cargan sobre el gobierno público, y si el gobernador no sabe ó no tiene autoridad para purgar y sangrar, siempre los verá llenos de sarna.
30. Los que están muy avezados á mandar, no saben obedecer ni sufrir contradicciones.
31. Los jueces, los abogados y los procuradores, médicos, apotecarios y cirujanos son de nuestras haciendas; bienaventurados los muertos, que ya no han menester á los unos ni á los otros.

32. El que lee con deseo de reprender, pierde el tiempo neciamente.
33. Oye, entiende y considera, y despues responde.
34. Las quejas de los vasallos, por más robustas que sean, llegan debilitadas al oido de los reyes.
35. Se cose en Europa la planta del vivir político, y para mayor confusión nuestra, florece entre los bárbaros de África y América.
36. Cuando son muchos los que mandan, son pocos los que obedecen; y así, todo va perdido.
37. Del que está muy enamorado de sus palabras, no se pueden esperar obras famosas.
38. De príncipes sabios es el obrar callando.
39. El que pide alguna cosa y se la dan, aunque basta y mal garbada, recíbala agradecido, y despues procure darle la mejor forma que pudiere.
40. Muchas buenas medicinas hay que no pueden aplicarse, por ser los enfermos mal sufridos.
41. Cuando las fuerzas de dos contrarios son iguales, cada cual dellos rehusa tentar la fortuna.
42. No se ha de pedir socorro al que tiene necesidad de defenderse, porque mal podrá remediar los peligros ajenos el que ha de acudir al reparo de los suyos propios.
43. Vidriosas son las amistades de dos iguales en favor.
44. No hay despoñadero más alto ni más peligroso que la cumbre de la privanza.
45. En favor del desdichado, no hay arte ni regla que aproveche.
46. Los grandes hechos no se han de emprender sin grandes fundamentos, y han de ser guiados con prudencia y buen consejo; porque el ímpetu y la temeridad los atropella y desbarata.
47. Mucho han de procurar los capitanes que les salgan favorables los principios de sus empresas, porque en ellos se gana ó se pierde el ánimo y la reputación.
48. Mejor conservan los reyes la grandeza y majestad siendo severos y graves, que humanos y apacibles; y queda más libre el castigo y tambien el galardón.
49. El que entrá en la privanza de los príncipes, vaya despacio, no se apresure ni se muestre confiado, porque es paso deleznable.
50. Contra toda razon se aplican á la fortuna las causas de medrar y desmedrar, pues nacen del saber ó no saber apañar las ocasiones y aplicar debidamente los medios convenientes.
51. Aunque te sobre justicia, guarda de indignar al juez; porque es hombre y sujeto á las pasiones que los otros hombres.
52. No persigas con la lengua al que te hizo algun daño, especialmente si le puede hacer mayor; porque es venganza mujeril y peligrosa.
53. Del que no te debe nada, si no te da, no te quejes; mas procura que te deba siquiera buena voluntad.
54. El prudente saca fruto de los ajenos errores.

55. Para el sabio no hay pobreza molesta ni riqueza loca.
56. El que pierde la ocasion, en vano la busca.
57. Mudables son las condiciones del tiempo.
58. No se juzga bien de las cosas factibles, por sólo el discurso de buena razon; porque muchas veces suele ser la práctica diferente y áun contraria.
59. La flojedad y pereza son raíces de la mala suerte.
60. La pobreza es enemiga del entendimiento siendo forzosa, y si voluntaria, amiga.
61. Si quieres saber quién eres, pregúntalo á tí mismo y dite verdad.
62. El que deja lo que tiene por lo que espera, ó se humilla ó desespera.
63. A servicios pasados mal se apega el galardón.
64. Palabras y ofrecimientos, aunque sean de reyes, llegan á ser obras tarde.
65. El que sirve con provecho de su amo, pida y aprovechese á sí mismo; porque en dejando de servir pueda dejar de pedir.
66. No se logran los servicios del criado cuando los hace al fiado.
67. Muy poco sabe del mundo el que se admira y se queja fácilmente.
68. El ambicioso, ni guarda ley, ni tiene fin ni término.
69. El avariento es inútil para sí y para los otros.
70. No hay oficio más difícil que el reinar, ni que ménos se aprenda por falta de maestros.
71. El que rige y manda, si no se aconseja se desmanda.
72. Los pareceres de los hombres son dudosos, las circunstancias de las cosas variables, y por esto mal seguros los ejemplos.
73. Sólo los sabios se avienen con la buena y con la mala fortuna.
74. Huye del príncipe airado y deja que el tiempo le amanse.
75. No presumas de sabio con los reyes, mas de humilde y obediente.
76. No reprendas ni adules á los príncipes, pero siendo requerido, dales consejo saludable.
77. Trata verdad y llaneza, mas con prudencia te guardas.
78. Si mezclas burlas con véras, nunca serás respetado.
79. En las véras seas grave con modestia, y en las burlas agudo y apacible.
80. Entre los que no conoces, no hables más de lo que pide la precisa obligacion.
81. Los que piden merced sin merecerla, merecen ser despachados mal y tarde.
82. Tan grande número hay de quejosos en el mundo, como de hombres.
83. Si mereces, pide, ruega y solicita; y si no basta, importuna.
84. No pretendas las cosas con sobrada confianza, ni con ménos de la que es razon; pero está resuelto en lo que has de hacer cuando no alcances lo que desees.
85. Mira bien los caminos por donde fueron los que acertaron, pero coteja bien las circunstancias y las condiciones de los tiempos.
86. Aprende á sufrir contrastes y á navegar con viento contrario.
87. Humíllate á los poderosos sin mengua ni adulacion, pero todo lo que pide el debido respeto.
88. Procura estar bien con todos, pero no fies de todos.
89. Si esperas bien, aguija; y si mal, va despacio.
90. Tantas cosas cura el tiempo como daña.
91. Renegad de oficios cuya materia es la enfermedad ó la muerte.
92. Amigos son el médico y el cura, porque el uno entierra lo que el otro no cura.
93. La medicina es de desear, pero el médico es de temer.
94. En la próspera fortuna seas humilde, y en la contraria, paciente.
95. Del envidioso te guardas como de enemigo.
96. Acrecienta cuanto puedas la virtud, que te levanta.
97. Al que para subir te da la mano, besácela á cada paso.
98. No subas temeroso ni confiado, sino atentado y firme.
99. No se ha de correr tras la ocasion, sino aguardarla apercibido y cogerla.
100. No seas con los amigos porfiado ni sutil, sino verdadero y llano.
101. Ni te enojos ni te rias del que vieres puesto en cólera.
102. No busques las precedencias, ni las recibas sin comedimiento.
103. Aprende á dar á cada uno lo que le toca, y á ofrecerle algo más.
104. Disimula cuerdamente todo lo que sufre tu honor, y á no poder más, te enoja sin perturbacion.
105. De los hombres maliciosos y desvergonzados huye, de los muy libres te aparta, y á los simples sufre y encamina.
106. Hay estómagos delicados, que no pueden sufrir la verdad cruda; y otros tan llenos de malos humores, que no la pueden digerir cruda ni cocida.
107. No busques amigos dulces, que estragan la complicitad; pero búscalos provechosos, aunque sean amargos.
108. Ninguno puede asegurar su fortuna, por más hondas raíces que haya echado; pues no hay cosa tan firme que no pueda ser derribada en un momento.
109. Toda la vida es batalla, y todo tiempo tempestad.
110. Viva cada cual apercibido, como quien está en frontera de enemigos, y tenga el ánimo aparejado para entrambas suertes.
111. Haz ejemplar de tí mismo, y mira las mudanzas del tiempo por las cosas que te han acaecido, y no te admirarás de las que sucedieren.
112. Es tan miserable y débil nuestra vida, que un airecito ligero basta á derribarla.

113. No te ensoberbezcas, hombre, por más levantado que te veas, pues contra la ira del cielo eres hormiga; mira que los rayos y los terremotos abrasan los montes y hundén las ciudades.
114. Si quieres vivir contento y sano, haz el gusto á las comidas y á los aparatos ligeros.
115. Conoce bien al hombre ántes de recibirle por amigo.
116. Las amistades dañosas, si no puedes descomerlas, es bien que las rompás.
117. Ni engañes á nadie, ni te dejes engañar.
118. No hables lo que no sabes, y lo que supieres no lo digas sino á su tiempo y sazón; porque siempre fué el callar más seguro que el hablar.
119. Obra cosas grandes, pero no las prometas.
120. En todo lo que hicieres considera la causa, el tiempo y la persona.
121. Del que una vez te hubiere engañado, no fies cosa de importancia.
122. Tus propios negocios trata tú mismo, si pudieres; y si no, encomiéndalos á quien espere intereses del buen suceso.
123. En los negocios públicos habla claro y da razón de lo que dijeres.
124. No te muestres popular, mas procura que la voz del pueblo siga tu parecer.
125. Estriba tus razones sobre el bien comun, y no muestres sombra alguna de interes particular.
126. De los servicios que hicieres á la república, si has de pedir galardón, pídele honroso.
127. Funda bien lo que dijeres, y no porfies en que tu parecer preválga.
128. A los malos y dañosos ciudadanos te opones con valor y con arte.
129. Procura que se hagan buenas ordinaciones y que sean bien guardadas; porque, en fin, no curan las muchas medicinas, sino las buenas y bien aplicadas.
130. A los ejemplares antiguos es menester acompañar con discursos nuevos.
131. La diversidad de los tiempos y de las circunstancias varian los efectos de las cosas iguales.
132. Para tratar con los príncipes, se ha de aprender primero su lenguaje.
133. No te engañe la privanza, para hacerte adelantár más de lo que sufre la grandeza de tu señor.
134. No te encargues de más cosas de las que puedas llevar á perfición con ánimo sosegado.
135. Enséñate á sufrir ruegos importunos, quejas y demandas inconsideradas, á dar satisfacción y á responder con mansedumbre.
136. Oye mucho y habla poco, y no trates niñerías.
137. No te eleves ni te humilles demasiado, pero guarda en todo la debida autoridad.
138. No fies tu secreto de nadie, y guarda el que te encomendaren.
139. No compres mucho al fiar, ni gastes con esperanzas de bien venidero.
140. Espera y no confies, teme y no desesperes cuando alguna cosa difícil procuras y deseas.
141. Hágante los ejemplares recatado, no soberbio ni abatido.
142. No sigas al temerario, ni te fies del cobarde; porque el uno te despeñará y el otro te dejará solo.
143. Mide y pesa tus palabras en toda ocasion, pero con mayor cuidado estando en cólera.
144. Las heridas de la lengua suelen ser peligrosísimas y malas de curar.
145. Si has de reñir con alguno, ántes le hiere en la cabeza que en la honra; porque se cria en la llaga tósigo para el que hiere.
146. El magistrado pobre es polilla de la justicia.
147. La vanidad y la pobreza siempre están en pleito.
148. Guárdate del interes, que es doméstico enemigo.
149. Sigue en todo á la razón y pide consejo á la experiencia.
150. So color de bien comun procurar particulares provechos, es desvergonzada hipocresía.
151. A tanta inestabilidad están sujetas las cosas humanas, como las aguas del mar combatidas de los vientos.
152. Los consejos mal medidos y mal entendidos de los que gobiernan, son dañosos para sí y para los pueblos.
153. La mudanza de las costumbres antiguas es causa de la ruina de los estados.
154. Gente práctica, dineros y armas convenientes, son los nervios de la guerra.
155. No juzga ni discerne siempre bien el sabio, que en todo se muestran señales de la flaqueza humana.
156. Debe resentirse el príncipe de las primeras ofensas (aunque pequeñas), porque no se atreven á mayores.
157. A muchas maldades suele inducir á los hombres la pestífera sed del mandar.
158. De los efectos muy encendidos, aunque se remuevan las causas, no se remueven ellos siempre.
159. No se han de aplicar á los males medicinas más poderosas de las que puede sufrir la naturaleza de la enfermedad y la complexión del enfermo.
160. Sospechoso es el consejo del que induce y no peligrá.
161. Grande gloria es del príncipe deliberar lo que importa á la salud universal.
162. El prudente deja el bulto y la pompa vana, y sigue más la sustancia que la apariéncia de las cosas.
163. El que va tras desviar peligros, mire bien que no lo haga entrando en otros mayores.
164. La majestad y el valor de un rey prudente vive en entrambas fortunas.
165. Aunque disminuya la grandeza, la fama universal de sabio conserva la autoridad.
166. El proceder de las tiranías es hacer que parezca razón y derecho lo que ha sido usurpación.
167. No es prudente consejo hacer propias las guerras ajenas sin evidente necesidad.
168. Los que denegan socorro, han de hacer

- con razones eficaces, causas que parezcan justas y con demostración de voluntad.
169. Está ya lleno de trampas y de engaños el trato humano, que no da lugar á los hombres de bien á que puedan usar en todo de su natural llaneza.
170. Los que se obligan á gasto forzoso y ordinario sobre fundamento de caudal incierto, ó lo prosiguen con daño ó lo dejan con vergüenza.
171. Crece la autoridad con el dinero, y la fama de pobre hasta en los reyes mengua la reputación.
172. ¿Qué aprovecha ser monarca, si no hay en el arca?
173. Semillas son los dineros de todas las cosas, y juntamente con esto, los nervios de la guerra y los tuétanos de la paz.
174. No se logra bien la hacienda real puesta en manos de extranjeros.
175. El dinero que tarda en venir, cuando llega pasa volando.
176. Empobrecer á los vasallos es sangrarse de la vena del arca.
177. En manos de la buena suerte es desdichado el que se pone vecino á la suprema autoridad.
178. El manejo de la guerra y de la hacienda pide manos fieles, prácticas y naturales.
179. La tierra que produce ladrones, sembrarla de gente de guerra y hacer de los árboles horcas.
180. El rey que no sabe hacer hombres, no los terná en su vida.
181. A derecho y á razón están los reyes, pero desto los desvian muchas veces las reglas de Estado.
182. A solo el príncipe tocan las cosas de gracia, y por él las de justicia á sus ministros.
183. La sobrada autoridad de los ministros hace muchas veces vana la rectitud de los reyes.
184. El príncipe que por solo su parecer acierta algun hecho de importancia, suele despues errar muchos por falta de consejo.
185. Las quejas de los vasallos han de ser con fundamento de razón y de justicia, para que el señor las oiga con benignidad y clemencia.
186. Conserven sus privilegios los reinos y las provincias, pero no pretendan extenderlos ni interpretarlos á su voluntad, porque indignados los reyes no se los arrebaten de las manos y los rompan.
187. La doctrina y la imprudencia juntas hacen un sujeto monstruoso.
188. El que importuna pidiendo á pesar de la ocasion, se desengaña con vergüenza.
189. No se puede tener entera satisfacción de los ministros que en todas las residencias se halla de qué hacerles cargo; porque, en fin, son inculpados ordinarios, y las sentencias absolutorias no presuponen falta de culpa, sino de prueba.
190. De la vana presunción nacen efectos contrarios al deseo.
191. El hombre que se rige en todo por la voluntad de su mujer, merece que le quiten las insignias de varón, y que ella le desuelle á azotes.
192. Para dar un mal consejo, más saben las mujeres que los hombres.
193. La mujer que obedece á su marido, ésa le manda.
194. La buena mujer es triaca para su marido; la mala, veneno.
195. Lo que se pone en consulta se ha de resolver por lo ménos peligroso, porque es imposible asegurar y librarse de todos los inconvenientes.
196. Para ser bueno el consejo, los principios, los medios y fines han de ser lícitos y honestos de lo que se pretendiere.
197. No dejan los buenos consejos de tener su valor y estimación, aunque algunas veces salgan contrarios los efectos.
198. Muchas veces la fortuna favorece para más perjudicar á los que de ella se fian, y por castigo riguroso de los hombres permite Dios que se juzguen los consejos por los efectos.
199. No basta la prudencia humana á defenderse de la envidia, ni puede escaparse de ella, sin la contraria fortuna.
200. La envidia cortesana es como el rayo, que hiere á lo más alto y levantado para hacer mayor ruina.
201. De los hombres desagradecidos no se puede esperar cosa buena, porque la ingratitud es calidad de ánimo villano, que precia más el interes que la honra.
202. El que empeña su palabra confiado en la que otro le da, cuelga su reputación de voluntad ajena.
203. Está ya tan mal tratada la justicia distributiva, que de verla tal se esconden la virtud y los merecimientos.
204. No puede llamarse dichoso el que va subiendo, por muy levantado que esté; sino el que ha parado en parte segura pudiendo subir más.
205. El que está en la cumbre del favor es ídolo de pretendientes, terrero de invidiosos y matachín de la fortuna.
206. Tiénese por cosa averiguada que si los emperadores romanos supieran que había de haber tantos intérpretes y glosadores de sus leyes, las quemáran ántes de publicarlas.
207. Los enojos, los cuidados y recelos son accidentes inseparables del reinar.
208. De los grandes beneficios se forman las grandes ingratitudes.
209. El príncipe ofende á la pública salud despreciando la suya propia.
210. La edad puede enflaquecer las fuerzas, pero no el corazón del hombre valeroso.
211. Ofender al enemigo y defenderse, son dos acciones iguales en obligación del buen soldado.
212. Los celos de estado no reparan en servicios ni merecimientos, que todo lo atropellan para asegurarse, y áun á la propia sangre no perdonan.
213. Las esperanzas fundadas sobre la gracia y favor de un príncipe nuevo suelen convertirse presto en quejas.
214. Los que se aprovechan demasiado en servicio y manejo de la hacienda de los reyes, si no tienen mucho seso, revientan de gordos.

215. Entre la honra y la ambicion suele haber á veces diferencias, y si la prudencia no asegura el campo, queda la ambicion infructuosa y la honra perdida.

216. La fe y palabra de los reyes sigue la utilidad del Estado.

217. Cuanto más famoso, más desdichado es el capitán, cuyo príncipe, de medroso ó de imprudente, admite celos y sospechas.

218. La esperanza de los beneficios por venir ahoga la memoria de los pasados, contra toda razon.

219. Prudente es la disimulacion de los reyes, y la tolerancia autorizada con benignidad.

220. Los que esperan y desean no se avienen bien con la paciencia, y habríanlo de hacer, porque trae consigo á la sazón, que abre la puerta á los buenos sucesos.

221. Si la falta de justicia descarga sobre los buenos todos los males, ¿de qué sirve la potencia de los reyes?

222. No basta que los príncipes elijan buenos gobernadores, que obligados están á tener cuidado y apremiarlos á que gobiernen bien.

223. Enseñados han de entrar los ministros al gobierno, como los doctores á la práctica.

224. Muy necesario es que tema á la justicia el que la ha de administrar.

225. Del juez apasionado se libra el litigante dándole por sospechoso, y del interesado con la señal de la cruz.

226. Callen ya las ordenanzas, las pregmáticas y leyes, pues sólo el que tiene dinero tiene justicia.

227. Los servicios piden las cosas de gracia por justicia, y las de justicia y gracia alcanza el dinero.

228. Al que tuvieses mala voluntad secreta, no se la descubras por verle perseguido; que á más de ser hecho de ánimo villano, suelen muchas veces levantarse los caidos con dobladas fuerzas.

229. Por la diversidad de las inclinaciones y de las costumbres, no sufre ni tolera bien un reino el gobierno de extranjerós; y así, habiéndolo de ser el rey, conviene que no lo sean sus ministros ni criados.

230. De las pretensiones de los grandes (cuando son en competencia y muchas en un mismo tiempo) nacen grandes descontentamientos, que suelen enflaquecer la fuerza y la autoridad real.

231. En las revueltas y mutaciones de Estado jamas los grandes tratan ni procuran el beneficio universal sin mezcla del suyo particular, y desto nace el desórden y la confusion.

232. Los árboles y plantas poderosos, cuanto más se levantan y crecen, más hondas raíces van echando para sustentar su peso; y así lo han de hacer los hombres que suben por el aire del favor, para poder estar firmes contra la furia de los vientos de la envidia y de los varios acaecimientos.

233. Mal informados están de las cosas del mundo los que procuran alteraciones y novedades para acrecentarse, porque las más veces salen al revés de sus designios los sucesos.

234. No quiere la fortuna ser tentada por vias

tan ilícitas, que pierda el nombre de loca y la tengan por necia.

235. Cuando la naturaleza y la fortuna se juntan para levantar á un hombre en buen estado, le aseguran; y si alguna dellas falta, no está firme.

236. La ambicion y la codicia de los grandes son ríos que salen de madre á la venida de un príncipe nuevo, con daño particular de muchos, y universal del Estado.

237. En las revueltas de Estado, el que más puede, más pelagra.

238. La fama de traidor y desleal es pena y mayorazgo del culpado.

239. La cuerda simulacion de los reyes suspende los ánimos atrevidos, y la opinion de prudente enfrena los malos deseos allegada al valor propio.

240. Los hombres puramente buenos y bien intencionados piensan que todas las cosas se han de hacer conforme sería razon que se hiciesen, y por esto, careciendo de la industria y sagacidad que pide el manejo y trato de los negocios (de que se forma la práctica), echan á perder todo lo que emprenden, en virtud de sus buenas intenciones.

241. Es tan grosero y tan necio el envidioso, que siempre del bien ajeno saca mal para sí mismo, y se roe las entrañas como tísico ó frenético.

242. Aunque se descuiden ó disimulen los reyes, no pueden los servicios y merecimientos dejar de ser galardonados, pues las obras virtuosas son el propio galardón de sí mismas.

243. Suele el rigor de justicia ejecutada en los grandes causar grandes movimientos, y la blandura, mayores; y así, la prudencia de los príncipes ha de ser temple y nivel destas acciones; porque la gravedad de la materia pide sólo discurso y ánimo real.

244. En los prósperos sucesos descubre la modestia el seso, y el sufrimiento en los contrarios.

245. Cuando los justos respetos no hallan buena acogida, tóquese el pulso á las fuerzas; y si no son poderosas, válganse del sufrimiento cuerdamente, esperando el beneficio del tiempo.

246. Cuando el presidente es flojo y descuidado, crecen los males de la república por la dilacion del remedio; y despues de muy crecidos, la dificultad los confirma.

247. Cuanto más justa es la queja, más se desvia el culpado del quejoso y más le aborrece.

248. Ni todos los doctores son doctos, ni todos los bien hablados son discretos.

249. Con demasiadas palabras suelen muchos decir poco, porque las saca la lengua de la sobrehoz del entendimiento.

250. La conversacion ha de ser como la ensalada de varias cosas revueltas con sal, aceite y vinagre.

251. Los grandes habladores no son buenos conversantes, porque en ganando la mano, no dejan hacer lance á los otros.

252. Habla á tiempo y sazón, es indicio de buen seso.

253. El que no hace bien en vida pudiendo, y

deja despues de muerto la hacienda á los pobres, llega á ser misericordioso tarde.

254. El príncipe que hubiere de hacer hombres, ha de ser mucho más que hombre; porque es obra que requiere seso, práctica, valor y autoridad real, y todas las demas virtudes régias.

255. Si los hombres muy agudos supiesen obrar callando, ternian mucho de cuerdos; y por no saber hacer esto, tienen mucho más de locos; porque el seso pide más obras que palabras.

256. Aunque los reyes gobiernan con el parecer de muchos, en fin depende de sola su voluntad el efecto de las cosas deliberadas; y por esto es necesario que sean mejores y más justos y más prudentes que todos.

257. Si los hombres pueden llamarse pobres de aquello de que tienen poco, muchos pobres de espíritu hay agora en el mundo.

258. Cuales son los reyes, tales son los hombres que levantan; porque ellos mismos los hacen á imágen y semejanza suya.

259. El que mucho se avvicina á la suprema autoridad, le conviene tambien mucho hacer hombres de su mano; pero hechos de manera que pueda luégo deshacerlos cuando no le salgan bien.

260. Por mayor autoridad que tengan los que escriben; han de mirar mucho cómo dicen las verdades; porque á más que siempre escuecen al que tocan, suelen algunas veces los tiempos prohibirlas, so graves penas.

261. No solamente los ojos, pero el juicio y las manos es bien que tengan los reyes sobre el timón de su Estado; porque siempre va la nave más segura cuando el mesmo dueño della es buen piloto.

262. Los hombres habladores que se precian mucho de elocuentes, con el deseo de hablar no considerañ ni ahondan bien las cosas; y así, con sobreabundancia de palabras suelen decir maravillosas necedades.

263. Las palabras y las obras jamas hacen buena liga; de mucho mayor valor es el obrar callando.

264. Los que alaban á sí mismos y á sus cosas, ahorran palabras de cumplimiento á sus servidores.

265. Las plantas bien cultivadas crecen y medran más que las otras; pero la cultivacion no muda naturaleza, ni en las plantas ni en los hombres; y así, los entendimientos bien labrados se mejoran; pero siempre queda el rudo, rudo, y el agudo, agudo.

266. El ardor y la vivez de entendimiento son perros ventores que levantan la caza, y la prudencia la coge.

267. Desdichada es la provincia cuyo gobernador es flojo y amigo de ser adulado, porque la adulacion confirma la flojedad y enflaquece más sus obras.

268. El capitán general tollido y manco puede ser valiente, porque no ha de pelear con las manos, sino con el corazón y con el seso, experimentado y práctico.

269. Puso Dios freno á la lengua y las riendas en mano de la razon, y como el demonio ve que es gallarda corredora, procura desenfrenarla, para que

atropellando vidas y honras ajenas, no pare hasta dar consigo en algun despeñadero.

270. El que se ocupa en hablar, pierde el tiempo sin obrar.

271. La murmuracion es hija bastarda del entendimiento, pero tan válida entre las gentes, que sin ella ya no hay trato ni conversacion gustosa.

272. De los hombres igualmente despojados de pasion y de interes y en un grado diligentes y deseosos de acertar, siempre los de llano y moderado entendimiento gobernarán mejor que los muy agudos y levantados; porque se hallan más dispuestos para adquirir la virtud de la prudencia, que es el alma del buen gobierno.

273. Para gobernar el mundo á lo moderno no es menester mucho seso; porque echaria á perder el desconcierto sobre que se apoya y sustenta.

274. Cuando toda una comunidad ó la mayor parte della unida se resuelve en no querer obedecer las órdenes del prelado y acude á superior, se ha de buscar el remedio con mucha cordura y seso blandamente; porque en tal caso, la opinion de muchos (aunque no esté bien fundada) tiene la autoridad que basta para hacer escandaloso el proceder con rigor, y el escándalo enflaquece la justicia del ministro.

275. Algunos hombres hay que saben hartas cosas bien sabidas, pero son tan arrogantes, que no pueden persuadirse que otros sepan lo que ellos saben; y con esto quedan muchas veces atajados y corridos, salteados de razones fuera de su esperanza.

276. El que da en presumir mucho, siempre pára en saber poco.

277. El gobernador que altera fácilmente lo que ha ordenado por edictos públicos, publica su liviandad á són de trompetas.

278. Por útiles que sean los consejos, valen poco si no están acomodados al valor del que gobierna.

279. Para presidentes flojos no son buenos los robustos consejeros, porque la dificultad los aprieta y los ahoga.

280. Si al que gobierna le falta seso, pecho y valor propio, hará muchos disparates por error y culpa ajena, pues él no se hizo á sí mismo, ni pudo ofrecer más de lo que tenía.

281. En la provision de cargos públicos, públicas han de ser las cualidades del que fuere proveido; porque á ser de otra manera, es más fuerte que eleccion.

282. El que siempre se disculpa llega a ser incorregible, porque se engaña á sí mismo y se confirma en el mal.

283. El presidente que reza como fraile cartujo, pida milagros á Dios, porque humanamente es imposible que gobierne bien.

284. Suelen los hombres cobardes ser crueles, y es que de puro medrosos querrian matar de un golpe á todos sus enemigos, porque no les quede rastro ni sombra de que temer.

285. Cuando la verdad escuece, despierta al seso adormido; y si hiere blandamente, le adormece mucho más.

286. Abierto, despedazado y roto es el corazón del que cierra la boca á los pregoneros de Dios.

287. La reprension general poco se imprime en el alma del presidente culpado; y así es menester hacerle terrero y blanco, y tirarle de mampuesto á vista de todo el mundo.

288. Muy grande respeto se ha de tener á los ministros de justicia, pero ha de ser de manera que no dañe á la misma justicia.

289. Los hombres afeminados y blandos no se pueden corregir ni blanda ni ásperamente, porque son como la cera, que en el agua se endurece y en el fuego se derrite y se consume.

290. Los hombres de muy seguro y agudo entendimiento, como tengan práctica de las cosas del mundo, si la presuncion no los publica por bachilleres, pueden pasar por doctores.

291. No hay cosa en el mundo sobre que más várias y más erradas opiniones haya, que sobre materias de Estado; porque la mayor parte de los hombres que hablan de esto, de puro mal informados, van haciendo sus discursos sobre falsos prosupuestos; y así lo que les parece más allegado á razon suele ser más léjos della ó lo ménos practicable.

292. Del entendimiento y de la práctica nacen las reglas del buen gobierno, y para nuevas ocasiones valen más las recién nacidas que las viejas.

293. Con abundancia de vicios y falta de ejercicio militar suelen perder las naciones en poco espacio de tiempo el valor y la opinion ganada de muchos años.

294. Los aparejos de guerra son los nervios de la paz.

295. Ay de los hombres á quien los vicios acompañan hasta la decrepitud, especialmente si les dejan libres el paladar y el estómago, pues con esto solo queden amancebados con la gula, y tan amigos de la vida, que sin pensar en otra cosa, los suele arrebatara la muerte en mitad de su descuido.

296. El tiempo trueca y trastrueca, y anda siempre cargado de esperanzas y temores para inquietar á los hombres, así en la próspera como en la adversa fortuna.

297. Las mudanzas del tiempo despiertan el valor de los hombres, y la duracion de un buen estado le adormece.

298. Los tiempos se han trocado de manera, que ya los hechos de nuestros abuelos nos acarrearán vergüenza y corrimiento.

299. Cargado está de enfermedades el gobierno público, y ningun indicio vemos que le prometa esperanza de vida, sin quedar manco ó tullido, no renovándole Dios con mano poderosa.

300. El cuerpo de una república lleno de malos humores, no le han de curar mujeres con óleos y con unguentos, ni con otros badulaques de su invencion; práctica, saber y mano de hombre ha de emprenderlo con purgas y con sangrías, sudores y cauterios de fuego.

301. Algunas veces los pobres dan entrada á los regocijos, porque la melancolía no los consume del

todo; pero al tiempo de comer los despiden. Y á este propósito dijo un poeta:

La pobreza y la alegría  
Son como el perro y el gato,  
Que no comen en un plato  
Aunque estén de compañía.

302. Desnudo y mal tratado vive el cuerpo muchos años, pero el estómago vacío, pocos días.

303. Son tan contrarios los efectos de la pobreza y del dinero, que los caballeros pobres suelen volverse gallinas ciegas; y los villanos, ricos gallos de las Indias.

304. El algo de los hijos de algo se convierte en alimento de camaleones, y el pecheró (si está rico) se envuelve en sangre de godos, en virtud del privilegio del oro.

305. Aunque la necesidad y la importancia del trato y del comercio de los reinos vecinos suele mantener la paz entre ellos, es necesario que estén entrambos armados de armas iguales; porque el temor hace estar más á raya á los poderosos, que el vínculo de amistad ni deudo, ni que otro respeto alguno.

306. Cuanto más valientes y esforzados son los hombres, ménos esperanza de vida les queda cayendo en manos de sus enemigos; porque el temor les incita á ser crueles.

307. Los que piden cosas grandes, tengan más ojo al interes del que ha de dar que al suyo propio; y hagan de manera que le vea, aunque de léjos; porque há mucho tiempo que las gracias son venales y se pagan de contado ó al fiar.

308. Ya los reyes y los reinos son tan pobres, que no pueden socorrerse los unos á los otros por culpa de entrambas partes, y por industria de aquellos que roban y se acogen á tierras libres.

309. Las confederaciones y ligas de los reyes y potentados no tienen más seguridad de cuanto importa á todos juntos, y segun las ocasiones se van alojando y apretando con maña y con artificio, debajo de colores diferentes.

310. Aunque la sagacidad, el artificio y la industria no sean virtudes régias (por la malicia de los hombres y por la variedad de los tiempos), son calidades necesarias para el oficio del reinar.

311. Los príncipes sabios reservan para sí mismos los fines de sus movimientos, hasta el punto en que importa y es forzoso descubrirlos.

312. El secreto es el alma de los negocios, y el que desvia las prevenciones contrarias.

313. El derecho de los reyes bárbaros es la fuerza y poderío, y el de los sabios del mundo, la razon ó la apariencia della.

314. Aquellos sobre cuyos hombros descargan los reyes sus cuidados, y como columnas sustentan el gobierno público, es necesario que estén sobre firmes fundamentos; porque el peso es grande, y grande de la tempestad que le combate.

315. El privado, aunque esté puesto en la cumbre del favor, guárdese de emprender reyertas con los que están envueltos en la sangre real; porque

siendo venerada de todos por razon y por naturaleza, tiene autoridad y fuerzas para derribar cualquier privanza.

316. Es el arte del privar difícil y peligrosa, porque la grandeza de los reyes, en descubriendo artificio, se tiene por ofendida; y sin él, es imposible sustentarse.

317. Las gracias, para ser tales, han de ser dichas con gracia y compuestas de manera que puedan hacer cosquillas á cualquier entendimiento cortesano; porque todo lo que mueve á risa al vulgo, cuando ménos es donaire, cuando mucho, disparte ó necedad.

318. La risa con abundancia es falta de seso, y la anticipada, locura perenal.

319. Como los grandes no pasan por las cosas menores, tienen ménos experiencia dellas que los otros hombres; y por razon de su grandeza, mucho mayor presuncion, de que nacen los errores que hacen puestos en gobierno público.

320. El que preside y presume saber más de lo que sabe, sepa que peligra mucho; porque los de su consejo, no sólo desean, pero encaminan su perdicion.

321. Fácil es deliberar que se haga alguna cosa conveniente, pero muy difícil dar la forma y traza como se haga de la manera que más convenga; porque lo uno pide poco más que buena voluntad y buen deseo, pero lo otro requiere seso y práctica. Y por esto los consejos tienen necesidad de otros consejos, como las aceitunas del aceite que sale de otras aceitunas, para ser mejor preparadas y comidas con más gusto.

322. Los gobernadores de provincias, lo primero han de aprender las leyes dellas; lo segundo, conocer bien los humores de los de su consejo; lo tercero, las calidades y condiciones de los súbditos; y tras esto, lo que más importa es el deliberar las cosas con prudencia, y luego ejecutarlas con valor y constancia.

323. Los rudos ni los agudos no juzgan bien de las cosas; los unos porque no saben, los otros porque resaben.

324. Son los rudos leña verde, que puesta en el fuego no saca sino humo; y los agudos, cohetes, que encendidos suben luego por el aire arriba más recios que una saeta; y acabada la pólvora, caen sin luz ni sustancia alguna.

325. Los hombres cuerdos (reposadamente) en lo que saben hablan bien, y en lo que no saben, ni bien ni mal.

326. Para las repúblicas ó potentados que no son de gran poder, mejor es la vecindad de dos reyes poderosos que la de uno solo, porque en el deseo de ocupar lo ajeno, el uno refrena el otro con temor de su acrecentamiento, y cada cual procura sustentar las fuerzas de los menores, para servirse dellas cuando las hubiere menester.

327. Para saber y poder reinar no basta ser grande, ser prudente ni tener valor propio, que juntamente con esto es necesario ser rey por naturaleza, porque la sangre real sube de quilate á las virtudes;

y así, casi todos los tiranos se han perdido por no haber nacido reyes.

328. Ni la estopa cabo el fuego, ni los flacos cerca de los poderosos están con seguridad, porque el viento y la codicia pueden hacer daño á entrambas cosas.

329. No es segura compañía la del leon, por manso que sea.

330. Cuando llega á ser comun el interes, fácilmente se juntan los mal avenidos; mas al partir de las peras se descubre la dañada voluntad.

331. Al que por mala administracion ha echado á perder su casa, no se le ha de encomendar el gobierno de una provincia; porque la destruirá por el mismo camino ó por otro peor.

332. Los gobernadores de provincias basta que en las cosas de justicia se atengan á su consejo en todo; porque en las de gracia y buen gobierno, les conviene saber elegir consejeros y consejos, y sacar de su cabeza razones y conveniencias practicables.

333. Los reyes y las repúblicas á quien se pide socorro, han de mirar la justicia del que le pide, sin apartar los ojos de su propia seguridad.

334. Cuanto más sabio y más prudente fuere un príncipe, más le conviene tomar consejo de sabios para resolver negocios de mucha importancia; porque sucediéndole bien, toda la alabanza y gloria será suya, y cuando suceda al contrario, podrá descargar su error sobre aquellos que habrán aconsejado.

335. Aunque sea cosa justa y muy conveniente á un capitán hacer que le obedezcan los soldados, no lo ha de hacer de manera que la demasiada violencia los exaspera tanto, que se resuelvan á defenderse con mayor violencia.

336. Aquellas cosas á que la fuerza y la necesidad constriñen á los hombres deben ser perdonadas ligeramente; porque muchas veces acaece recibir grandes provechos de los que sufrimos algun daño.

337. No hay remedio más eficaz ni más poderoso para hacer que los soldados se resuelvan á pelear obstinadamente, como el quitarles la esperanza de alcanzar la salud sino por la punta de la espada, representándoles el enemigo airado, y cruel.

338. Es cosa muy favorable el asaltar de noche al enemigo, porque siendo ya la noche de suyo espantable, las armas y estruendo dellas, el descuido y falta de prevencion confunde y acobarda áun hasta los más prácticos y esforzados; de manera que no saben ni pueden valerse de remedio alguno.

339. Es el ímpetu y la furia de un pueblo de manera que por falta de consideracion no echa de ver los peligros que le están amenazando, aunque haya llegado al punto de caer en ellos; y naturalmente está inclinado al peor consejo, sin que baste á persuadirle el saber ni la prudencia de los hombres graves y bien experimentados; y con ésta, su condicion cae al atolladero de su daño, ó llega á rendirse con el cuchillo á la garganta.

340. De las discordias civiles suele ordinariamente nacer la perdicion de los estados, porque se consumen y deshacen los unos á los otros, y á las